

GACETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

¡Paren las máquinas!



Un favor que tendríamos que hacerle los periódicos a nuestro buen público sería el de no publicar noticias negativas, hechos horripilantes, profecías de los economistas, guerras y batallas, crímenes crudelísimos durante todo el mes de diciembre. Ya tenemos el resto del año para tragarnos muchos sapos que, debidamente aderezados, nos ofrece la prensa. Yo hoy pediría que o bien pararan las máquinas, o bien empleáramos nuestras páginas en reseñar los triunfos del hombre y no sus miserables derrotas.

De todos los triunfos del hombre, el mayor es sin duda el amor. Algo diremos del amor y dedicaré estas palabras a una chica alborotada que, nomás porque me vio mal parado, me preguntó acerca de Swedemborg, obligándome así a dar una brevísima conferencia banquetera acerca del autor de "El Libro del Cielo y del Infierno". Cuenta Borges que, hacia el final de su vida, Swedemborg solía pasear por las calles de Londres mientras sostenía animadas charlas con los Angeles. A mí me encantaría algún día merecer esas pláticas, pues eso sería mucho más poético y tonificante que tener que lidiar con tanto baboso que anda suelto por ahí. Pero hoy no me interesa Swedemborg, sino el amor. Aquí tiene que aparecer otra cuatacha que me acaba de regalar un libro de poemas de William Carlos Williams traducidos por Octavio Paz. Escojo un poema titulado "Asfódelo" que es un largo canto al amor durable, de esos que ya no re-

quieran flores, sino que se alimentan del recuerdo de las flores, de la idea de la flor, del gigantesco ramillete de recuerdos florales que los amantes han intercambiado y acumulado a lo largo de las décadas que el amor ha durado. Es un poema enormemente original que utiliza todo el repertorio de los sentimientos que el amor produce, pero transformándolos en ideas, en conceptos, en voluntad humana. En "Asfódelo" el amante no es un herido mortal que sucumbe a una fatalidad; lo que nos muestra es a un entero ser humano que libre y voluntariamente ha decidido vivir entre las flores y en ellas anclar las edades de su amor.

Según se nos enseña el hombre tiene ideas y su voluntad lo lleva a ponerlas en práctica, a imponerle esas ideas a la realidad. En esta tarea, la idea se vuelve pasión y produce frecuentemente lo contrario de lo que originalmente estaba propuesto en la idea. Para Williams este proceso de degradación es perfectamente reversible. El amor que adquiere paciencia va lentamente despojándose de la pasión y llega a ser una idea pura y durable. Yo sé que decirle esto a los fragorosos mexicanos hijos de José Alfredo suena a utopía o a ficción (como si su flagelado amor fuese algo real). Yo me limito a indicarles que hay un poema que le canta al dulce tránsito de la pasión amorosa al amor sustantivo y tanto que todos los otros sustantivos están contenidos en éste.

Entiendo que sería difícil o imposible para un joven leer este poema donde las flores tienen ya un "olor moral". Es un poema para el último tercio de la vida. Es un poema para el amor que ha perseverado en su ser. Es un poema que nos habla de un hombre que con toda minucia sigue la huella de las flores, las visita e interroga para poder reconstruir su amor cristalino y perfecto. Bien sabe este hombre que sólo así merecerá el descanso (valdría la pena recordar que, entre los griegos, el asfódelo era una flor funeraria). Cumplida nuestra tarea el hombre del poema y yo que lo comento podemos ir a nuestro lecho, quitarnos las pantuflas y descansar en la blancura.

HOY TOCA.

¿QUÉ TAL DURMIÓ? MCDXLVIII (1448)

En el universo en el que tú y yo vivimos, ni MONTIEL, ni la cáfila interminable de rateros podrían descansar en la blancura.

Cualquier correspondencia con esta columna enamorada, favor de dirigirla a german@plazadelangel.com.mx (D.R.)

